



La Estética del Laberinto o la recuperación del Lugar Urbano

Roberto Goycoolea Prado

Departamento de Arquitectura, Universidad de Alcalá



Fig. 1: "Labyrinthus - hic habitat Minotauros".¹

El laberinto superlativo, el palacio infranqueable concebido por Dédalo para proteger y encarcelar al toro-humano del rey Minos en Creta, aunque estuviese construido, es la antítesis de lo arquitectónico. Es todo lo opuesto al arte de cobijar y orientar las actividades humanas. J. L. Borges expone claramente esta contradicción cuando en *El libro de los seres imaginarios* concluye que más irracional que el monstruoso engendro nacido de la relación antinatural del toro que Poseidón hizo salir del mar y la reina Pasifae, es pensar un edificio destinado a algo que por definición es contrario a la arquitectura: "La idea de una casa hecha para que la gente se pierda es tal vez más rara que la de un hombre con cabeza de toro, pero las dos se ayudan y la imagen del laberinto conviene a la imagen del minotauro". [Fig. 1] Más que por el temor a enfrentarse al monstruo con cabeza de toro y cuerpo humano, es debido a la zozobra que produce sentirse perdido en una red de calles artificioosamente configuradas para desorientar a quien ose cruzarlo, que la imagen del laberinto construida por la tradición ha sido ante todo negativa. Símbolo de enmarañado, confuso y angustioso, lo laberíntico sintetiza una manera de pensar y actuar "anti-arquitectónica". Un hacer contrario a todo razonamiento secuencial, a toda lógica silogística propia de la dialéctica clásica, a toda mentalidad racional y técnica característica del positivismo moderno.

El mito de Teseo muestra claramente esta oposición, manifestando sin reservas la superioridad conceptual y práctica de las estructuras claras y lógicas frente a la angustia producida por los caminos que no se sabe dónde conduce o, incluso, si conducen a algún sitio. Teseo lograr llegar y destruir al Minotauro gracias a un ardid propio de la razón práctica: la posibilidad de orientarse en el Laberinto introduciendo un elemento ajeno a él, el ovillo facilitado por Ariadna, que permitía franquear sin resolverlos los ingeniosos trucos desorientadores de ese primer "anti-arquitecto" que, a decir de Fco. Alonso de Santos, fue su constructor: "Dédalo reconocido como el primer arquitecto por su laberinto, sería el

¹ Texto que acompaña al dibujo de un laberinto en un muro de Pompeya. (Encyclopaedia Británica: *Laberinto*).

primer enemigo de la Arquitectura, aquél que nos desorienta [...] El primer arquitecto [fue] Ariadna, que es la que restituye la falta de orientación en el laberinto, la que permite orientar, fijar, saber lo que hay delante, detrás, arriba y abajo, lo que pesa y lo que no”.²



obligaciones sociales dividió la población del Ática en doce comunidades y tres clases: los eupátridas, o sea, *los que merecen todo el bien de la patria*; los geórgicos, o *labradores*; y los demiurgos, o *artesanos*”. Racionalizó también el comercio, siendo el primer rey ateniense que acuñó dinero, estampando en las monedas, como correspondía a su hazaña, el sello de un toro.⁴ [Fig. 2]

Esta concepción racional de las estructuras sociales y del espacio urbano no sólo se presentaba como una alternativa de orden y funcionalidad ante las caóticas configuraciones de las primeras ciudades griegas. Sobre todo se mostraba como una teoría completamente diferente a la subyacente en los míticos edificios de estructura laberíntica, como el fabuloso palacio de Amenemhet III del siglo XIX a.C., descrito por Heródoto y Estrabón, con 3.000 habitaciones y 12 patios interconectados, el legendario laberinto de Lemnos, con la ingeniosa disposición de sus 150 columnas jamás halladas y, por supuesto, el construido por Dédalo. El mito de la destrucción del Minotauro por Teseo avalaba, por tanto, la irrupción victoriosa de las ágoras griegas y los amplios foros romanos, la distribución ordenada y racional del urbanismo geométrico que Hipodamo impuso como modelo del mundo grecorromano, la racionalidad del *cardus* y el *decumanos* como ejes estructurales del espacio habitable.

La vasta extensión social y espacial que logró la racionalidad grecorromana, “civilizando” pueblos y territorios dominados por la “barbarie”, hizo creer a algunos la derrota definitiva del laberinto. “Todos los caminos llegan a Roma” es probablemente el aforismo que mejor resume la derrota física y conceptual del laberinto. Sin embargo, como tantas veces ha ocurrido en la historia, tras la suntuosa magnificencia de la racionalidad triunfante el espíritu *dedálico* permanecía latente.⁵ Y fueron precisamente

² Francisco Alonso de Santos, conferencia del 05.1.992 en *La cultura del proyecto* de J. SEGUÍ et al.; ETS de Arquitectura, U. Politécnica de Madrid; 1996.

³ GRAVES, Robert; *Los mitos griegos*, [1955]; RBA; Madrid; 2005; § 99.c

⁴ GRAVES, Robert; *Los mitos griegos*, [1955]; RBA; Madrid; 2005; § 99.e-f

⁵ “Mientras el foro se componía de soberbios edificios públicos y majestuosos templos, separados por anchas avenidas, ornamentados con esculturas y rodeados por amenos jardines sombreados por árboles añosos, los barrios restantes eran sórdidos y sucios, formados por laberintos de estrechas callejuelas por las que discurrían gentes de las más diversas razas, en un tumulto indisciplinado de carruajes, literas, caballerías, soldados,

estas fuerzas laberínticas las que tomaron el mando cuando la eficiente racionalidad burocrática imperial fue incapaz de controlar sus propias realizaciones. ¿Qué otra descripción es acaso más precisa que lo laberíntico para describir los desestructurados asentamientos de la Edad Media europea, asimilables desde todo punto de vista a



"dédalos" espontáneos? ¿Qué otro vocablo es mejor que laberinto describe las estrechas callejuelas de Estambul, Siena o Córdoba? La geometría del foro dio paso a irregulares plazas de mercados; la Vía Appia fue transformada en uno más de otros tantos infinitos e indistinguibles caminos. En pocas palabras, la racional mentalidad grecorromana fue reemplazada por el misticismo teológico: en actos llenos de simbolismos, las procesiones recorrían las ciudades para finalizar en la catedral; en el interior los fieles recorrían de rodillas los laberintos blanqui-negros dibujados en los pavimentos, en cuyo centro se encontraba la Jerusalén celestial y que aún se conservan en Chartres, Amiens y San Reparatus.[Fig.3]. Estos laberintos catedralicios, al igual que la "ciudad medieval, con sus meandros interminables [...] constituía una figuración del recorrido de la vida humana

en su camino a Dios".⁶

Mucho se habrá de discutir todavía sobre las causas que llevaron a la que puede considerarse segunda gran derrota de Dédalo en el pensamiento y el urbanismo occidental. Triunfo atribuible al humanismo renacentista que rompió con el dominio de las visiones cortadas, de la búsqueda del oro en el mercurio, del caminar tortuoso hacia la divinidad. Frente a las representación eminentemente simbólicas de las iluminaciones medievales los filósofos y artistas renacentistas sentaron las bases de la racionalidad moderna: Brunelleschi geometrizó la percepción visual de aquí al infinito, proporcionando una visión exacta y unívoca del mundo; ante el caos urbanístico medieval, Alberti recobró la unidad platónica, la íntima relación y dependencia de las partes al todo, afirmando que una casa es en realidad una ciudad en miniatura; oponiéndose a la *espontaneidad* de los canteros góticos, con sus inverosímiles esculturas situadas en los más sorprendentes rincones del templo divino; Palladio exigió una estructuración del espacio basada en ordenes, proporciones y cánones de aplicación universal. Pero pocos textos pueden reflejar mejor la nueva mentalidad anti-laberíntica que la valoración que Scamozzi realiza de la hoy tan admirada catedral de Milán: "Carece en primer lugar de la excelencia en la creación, y en la forma universal, y después en la correspondencia entre las partes: y finalmente en la proporción de los miembros y en la conexión de las cosas; porque todas son débiles y muy partidas [...] al final no resulta más que una montaña de mármol y otros materiales, perforada y llevada a cabo con enormes gastos; estando aquéllos labrados y puestos unos sobre otros con desorden y confusión".⁷

menestrales, esclavos y mendigos." (R. TEJA, *Espectáculos y deportes en la Roma antigua*, Santillana, Madrid, 1996, p. 16)

⁶ Enciclopedia de la Religión Católica; ed. Dalman y Jover, S. A., Barcelona, 1953.

⁷ Vincenzo Scamozzi, *Idea dell'Architettura universale*, Venecia, 1615, Parte I, Lib. I, XVIII; traducción tomada de Patetta 1984, 111.

Destruído el Minotauro por estos nuevos Teseos, la ciudad retornó al orden y los neoplatónicos descansaron tranquilos. Regresaron las grandes avenidas, se crearon escenarios de perspectivas luminosas, majestuosas escalinatas y una sucesión lógica de hitos indicó sin ambigüedades el camino al acceso, el centro y el palacio. América fue el símbolo de esta nueva visión urbana. La ciudad de la razón fue eternizada por Felipe II en sus famosas *Leyes de indias* y en su racional monasterio. Descartes teorizó el orden de los ejes, convirtiéndolos en método de conocimiento y vida. El orden perfecto de la geometría dominó los razonamientos, las ciudades, la arquitectura toda. Del urbanismo renacentista al decimonónico y posterior, el positivismo y el racionalismo diseñaron la ciudad mediante unívocas relaciones funcionales.



La configuración del pensamiento y del espacio moderno se presenta así como algo eminentemente "arquitectónico". Todo él está configurado para cumplir una función lógica y predeterminada. Los presupuestos urbanos de los arquitectos del Movimiento Moderno no dejan lugar a duda respecto al papel de la racionalidad en la organización del espacio y de la vida: "Reglas inviolables garantizarán a los habitantes el bienestar del alojamiento, la facilidad del trabajo, el empleo feliz de las horas libres. El alma de la ciudad quedará vivificada por la claridad del plan".⁸

Con estos principios redactados por el influyente Le Corbusier como principio de acción, la ciudad comenzó a ser diseñada desde el "estudio científico" de los problemas urbanos y sociales, concretándose en las zonificaciones funcionales, en la racionalización burocrática, en las grandes infraestructuras como ejes de organización del espacio, en el orden formal como valor supremo. [Fig. 4]



Ante la extensión global que tuvo esta manera de organizar el espacio y, con ello, de condicionar las vidas individuales y colectivas, resultaba difícil anticipar que en las postrimerías del siglo XX se observase un cambio radical en la valoración de lo laberíntico. Contraviniendo la aspiración de Teseo, lo "anti-arquitectónico" se ha transformado en objeto de deseo. No hay que buscar mucho para observar que en diversos foros lo laberíntico es un valor en alza: en la Guía Michelin de España, por ejemplo el *Viejo Madrid* es valorado "por su laberinto de calles pintorescas, sus comercios galdosianos, sus viejos oficios artesanos y su animación" y la publicidad turística cubana resalta que la ciudad de Camagüey "es de impresionante complejidad por lo laberíntico de su trazado". Sin duda, bastan estos dos ejemplos, que el lector puede completar con otros que seguramente conoce, para inducirnos a preguntarnos el porqué de estas reivindicaciones "anti-arquitectónicas", a averiguar qué valores tiene lo laberíntico, aquello que no es orden en sentido cartesiano, para que sea hoy apreciado. Y es importante tener en cuenta que no es esta una reivindicación limitada al ámbito de la nostalgia turística, encontrándose también en no pocos teóricos disciplinares. Para los críticos Massad y Yeste, por ejemplo, "hemos tratado durante los dos pasados siglos de crear un estado de confort que ha tendido a perder el valor de lo inútil, creando sobre nosotros la necesidad de ser útiles y prósperos, transformando nuestra vida en cárceles del confort, pero con esto hemos perdido la libertad de hacer lugares que

⁸ LE CORBUSIER, *La Carta de Atenas o Principios del urbanismo* [1933]; Planeta Agostini; Barcelona; 1993; Art. 32.

estimulen".⁹ En la misma línea la artista Lucia Leao propone una acción colectiva para "reconstruir la cartografía de esta megalópolis que es Sao Paulo configurando todos los posibles e imposibles mapas de ese laberinto donde todavía resulta agradable perderse".¹⁰

Según lo entiendo, detrás esta reivindicación de lo laberíntico aparece una razonable crítica a algunas de las consecuencias prácticas de la filosofía, la estética y el urbanismo del racionalismo moderno. Una crítica que en nuestra disciplina apunta directamente al tipo y calidad de vida generado por las "funcionales" metrópolis contemporáneas. Un malestar conceptual y espacial ante el cual lo laberíntico se presenta como antídoto del panóptico metropolitano, por la serie de razones que apuntamos a continuación:

- **Orientación individual no prefigurada.** Al no existir recorridos preestablecidos y direcciones inequívocas la orientación en el laberinto no esta condicionada *a priori* por ejes y rutas invariables, siendo individual, mudable y azarosa. En los recorridos prefigurados del funcionalismo arquitectónico no hay identificación posible con el espacio en cuanto configuran la materialización de las formas del o los poderes que han logrado imponerse. Para que un espacio sea considerado propio, para que sea por tanto habitable, hay que reconstruirlo a partir de experiencias vitales individuales. Lo laberíntico resulta aquí tan atractivo porque permite una configuración subjetiva, no impuesta, del espacio derivada de los hitos, lugares y acontecimientos urbanos específicos: "El individuo que recorre un laberinto [...] debe descubrir en él un trayecto que le lleve de la entrada a la salida, es decir, construir en su espíritu una 'gestalt', un mensaje selectivo y jerarquizado a partir de fragmentos de recorrido".¹¹



Dominar la ciudad es hacerla propia, pero cuando la ciudad no requiere de este dominio para orientarse, cuando no es posible aumentar el grado de conocimiento inherentes a la estructura

urbana, nunca podremos sentirnos identificados con el espacio que habitamos. Puedo recorrer y orientarme en las grandes avenidas urbanas pero cuenca sentir como propios su espacio diseñado para el automóvil; en cambio, si logro orientarme en la compleja red de calle de cualquier mediana o judería, si en estos espacios ocurren acontecimientos que de algún modo me conciernen, el espacio se convertirá en lugar, en hábitat. [Fig. 5 y 6]

- **Seguridad espacial.** El panóptico y el laberinto son artificios arquitectónicos ideados para controlar las acciones que en ellos ocurren. Pero las formas de dominio son opuesta, como también lo son las consecuencias para la habitabilidad de los espacios que configuran. El panóptico general el control total mediante una

⁹ MASSAD, Fredy y Alicia G. YESTE; "Notas sobre ciudades (mutantes)", Revista BtbW; Internet; 1996

¹⁰ LEAO; Lucia; "Plural maps: lost in São Paulo"; <http://www.lucialeao.pro.br/pluralmaps/>

¹¹ MOLES, Abraham & Elisabeth ROHMER; *Psicología del espacio* [1972]; ed. Ricardo Aguilera; Madrid; 1972; p. 165.

organización racional de las formas en el espacio, siendo su visibilidad intencionalmente absoluta, y nulas las posibilidades de escapar al papel de dominado o dominante que nos hayan asignado. En cambio, el laberinto es una forma de control que sólo afecta a quienes no lo conquistan. El laberinto es desorientador y, por tanto, impide la acción, en la medida en que el usuario no comprenda sus recodos. Por eso, aunque lo laberíntico puede ser atroz para el neófito, es seguro y estéticamente seductor para quien de alguna manera lo domina y, consecuentemente, puede servirse de él. “El inmueble y la ciudad como laberintos concilian [...] la defensa de la privatización con la ausencia de constreñimiento represivos legales, en la medida misma en que sus propios habitantes se ven defendidos por la complejidad del trayecto contra la incursión de los otros, de los extraños, sin dejar por eso de estar siempre al mismo nivel en que se desarrolla la vida pública. El habitante conoce su trayecto personal, lo domina y puede al mismo tiempo llegar al lugar de la concentración. El desconocido, el extraño, el enemigo, que ignora ese trayecto, no llega nunca, sin costosas inquisiciones, a violar el arcano”.¹² Quien haya recorrido espaciosamente una ciudad laberíntica, habrá comprobado como paulatinamente lo desconocido se va haciendo familiar, lo intrincado coherente, hasta que llegará un momento en que la desasosiego inicial dará paso al disfrute del recorrido, a la tranquilidad inherente al cobijo del lugar que nos es propio.

- **Sentido personal del recorrido y la acción.** El recorrido de un laberinto es una sucesión de canales y nodos donde se presentan diferentes alternativas hacia lugares y acontecimientos distintos, que a su vez conducen a otros acontecimientos. La idea principal consiste en que no existen puntos fijos repetitivos, que no hay ejes claros ni monumentales que conecten los puntos significados por el poder. Urbanamente implica concebir la ciudad no como una red de calles homogéneas, con edificios y acontecimientos igualmente homogéneos, sino como una red de calles y espacios que contengan una variedad tal que cada nodo signifique **acto y lugar**. Se trata de reivindicar el recorrido y sus detenciones como acontecimientos significativos. Desde la óptica de la concepción del espacio, implica recuperar la **teoría del lugar** de Aristóteles, donde cada cuerpo conforma un lugar propio y característico, frente a una ciudad donde el espacio se entiende como algo neutro e intercambiable. Ejemplo de esta manera de entender la configuración del espacio sería, según Benjamín Barney, la Biblioteca Virgilio Barco de Bogotá: “Pero no es solo la buena idea de poner la biblioteca en medio de un parque; el gran acierto del proyecto de Rogelio Salmons es entrelazarla con sus alrededores, cuyas construcciones complementarias, plazuelas y senderos se curvan, bajan, suben y esconden prometiendo sorpresas como de laberinto de enamorados”.¹³

- **Noción de centralidad y límite.** Uno de los grandes problemas de la ciudad contemporánea es la indefinición de sus bordes y centros, con implicaciones que van desde las psicológicas a las impositivas. Al contrario de nuestras inmensas y amorfas metrópolis, en un laberinto siempre los límites están claramente definidos, así como también los están sus accesos y salidas. El o los centros, dependiendo de si se trata de un laberinto radial, como el del Minotauro y los cristianos, o uno en red, como en el laberinto de Amenemhet, quedan siempre dentro de él. Al contrario de los actuales centros comerciales situados en los terrenos baldíos de los extrarradios y a los que siempre “hay que ir”, a los que nunca “se llega”, el o los centros del laberinto son elementos de configuración y orientación espacial; son los lugares de encuentro desde los que cada individuo organiza el espacio de acuerdo a sus experiencias y aspiraciones. En una de sus sugerentes *Ciudades invisibles*, I. Calvino intenta comunicarnos como sería para él

¹² MOLES, Abraham & Elisabeth ROHMER; *Psicología del espacio* [1972]; ed. Ricardo Aguilera; Madrid; 1972; p.186-7

¹³ BARNEY CALDAS, Benjamín, “Entre gustos sí hay disgustos”, *El País*, Cali 23/08/2001.

una ciudad de estas características: "Puede imaginarse una ciudad permisiva sin puertas ni fronteras, en la que las únicas barreras de acceso fuese el secreto abierto de los trayectos a recorrer al dominio propio de cada cual, trayectos más o menos discretos, más o menos fáciles de llegar".¹⁴

• **Componente lúdico de lo laberíntico.** Un tema poco comentado en el mito griego del Laberinto, es que frente al complejo de estancias y corredores que era la casa de *labrys* o casa del hacha doble (y de donde se supone que proviene el vocablo *laberinto*) en cuyo centro se encontraba el Minotauro, existía "un espacio abierto ocupado por una pista de baile con un diseño laberíntico que servía para guiar a los danzarines que tomaban parte en el baile erótico de primavera. El origen de este diseño, llamado también laberinto, parece haber sido el tradicional laberinto de matorrales utilizado para atraer a las perdices hacia uno de sus machos, encerrado en una jaula en el centro [...] y seguramente los danzarines imitaban el éxtasis de las perdices [...] al ejecutar su danza amorosa".¹⁵ De este modo el mito recoge una vertiente de lo laberíntico opuesta a la de cárcel del Minotauro. Nos referimos al componente lúdico de lo laberíntico. Como es sabido, aunque el racionalismo espacial dominaba el espacio político y productivo, permitió la permanencia lo laberíntico en los espacios del ocio: fue desplazado a los jardines del Hampton Court Palace de Guillermo III, al Alcazar sevillano, a los jardines franceses del siglo XVIII y, últimamente, a los "trenes fantasmas" y "casas de espejos" de las verbenas populares. Pese a su mala fama, lo laberíntico se transformó en occidente en objeto lúdico, en objeto funcionalmente "inútil" o, si se prefiere, apto sólo para el esparcimiento y recreación del espíritu. Paradójicamente, será precisamente esta componente lúdica de lo laberíntico permitida por el funcionalismo espacial la que se esgrimirá para oponérsele. En efecto, en gran medida la reivindicación turística y disciplinar de los espacios laberínticos radica en las experiencias espaciales y vitales que éstos generan comparándolas con los previsibles adormecimientos generados por los innumerables edificios tediosamente funcionales, tediosamente similares. Frente a esta monotonía espacial, los laberintos permiten ser recorridos según ritmos individuales, en una secuencia no programada y vital de lo bello, de lo seductor, del placer. La estructura del tejido urbano tradicional, con sus calles de visiones entrecortadas, sus espacios recoletos y atracciones localizadas, con la sorpresa reconfortante de una mirada cruzada, los encuentros fortuitos y las visiones luminosas de los atardeceres otoñales, resultan argumentos suficientemente convincentes como para anteponer la incertidumbre de los lugares laberínticos a la previsible discreción del funcionalismo. [Fig. 7 y 8]

¹⁴ CALVINO, Italo, *Las ciudades invisibles* [1972]; Minotauro; B. Aires; 1974.

¹⁵ GRAVES, Robert; *Los mitos griegos*, [1955]; RBA; Madrid; 2005; § 98.2



A modo de conclusión

De uno u otro modo, los aspectos recién señalados sobre lo laberíntico y sus connotaciones espaciales constituyen una crítica sin paliativos a la cada vez menos acogedora estética medioambiental y a la pobre calidad de vida de nuestras metrópolis. Se trata, en definitiva, de una crítica que aboga por recuperar la sorpresa del espacio vital, las posibilidades de descubrimiento y de acciones espontáneas, que tanto enriquecen las trayectorias individuales y colectivas. El opresivo ambiente de tantas ciudades dormitorio, así como de las tantas zonas monofuncionales de nuestras metrópolis, "se debe a su artificial y antiurbana estructura básica; es decir, a que las alternativas entre las esferas pública y privada no se pueden llevar aquí a cabo, puesto que esos lugares consisten en realidad en un apilamiento de espacios privados".¹⁶

Frente a la sobrevaloración de la eficiencia funcional y la rentabilidad económica sobre cualquier otro parámetro en la configuración y gestión del espacio, lo laberíntico se presenta como una alternativa plausible si aspiramos a una ciudad más habitable y nos horroriza la perspectiva de una ciudadanía convertida en consumidores. Nuevamente la metáfora del museo es esclarecedora. Quien acostumbre a visitar lugares de exposiciones, así como arquitecturas patrimoniales de interés turístico, habrá comprobado que cada vez son más habituales e inevitables las visitas organizadas y/o los recorridos lineales donde el orden de la experiencia estética viene impuesto. Ante ello, un museo, una ciudad, pensado y construido sobre el esquema de un laberinto de salas, corredores y actividades, cuya experiencia admita múltiples alternativas, es posible que la experiencia museística, al igual que la urbana, se convierta en un lugar vital, en un espacio de posibilidades y descubrimientos, en algo que podamos hacer nuestro, en el sentido íntimo y trascendente del término.

Hace unos años, R. Venturi, en uno de los libros claves de la postmodernidad arquitectónica, abogaba, sin mencionar directamente a la metáfora, por la recuperación de lo laberíntico en la ciudad y los ciudadanos: "Los arquitectos no pueden permitir que sean intimidados por el **lenguaje puritano moral** de la arquitectura moderna. Prefiero los elementos híbridos a los 'puros', los comprometidos a los 'limpios', los ambiguos a los 'articulados', los tergiversados que a la vez son impersonales, a los aburridos que a la vez son 'interesantes', los convencionales a los 'diseñados', los integradores a los

¹⁶ MITSCHERLICH, Alexander; *Tesis sobre la ciudad del futuro* [1971] ; Alianza AU 194; Madrid; 1977

‘excluyentes’, los redundantes a los sencillos, los reminiscentes que a la vez son innovadores, los irregulares y equívocos a los directos y claros. Defiendo la vitalidad confusa frente a la unidad transparente. Acepto la falta de lógica y proclamo la dualidad.”

La reivindicación de la estética del laberinto no es, por tanto, la exaltación del caos ni la petición de indulto del monstruo encerrado por Heracles. Es, más bien, una demanda a favor de una manera de estructurar y gestionar el espacio urbano que no sea una copia fiel de las visiones simplificadoras de la ciudad y la ciudadanía propias del poder político-económico. Es una demanda a favor de la posibilidad de configurar espacios con los que nos sintamos identificados, en los que podamos actuar y convivir porque los dominamos, porque en ellos nos sentimos seguro. Pero, y esto es importante, se trata de espacio en que la seguridad no proviene de la vigilancia y el control policial sino de la protección y libertad íntima que otorga a quién quiera ejercerla el dominio de lo complejo, el control de las posibilidades de las alternativas y las soluciones múltiples que ofrecen los laberintos e impiden los panópticos. Como recordaban A. Moles es esta “una idea intuitivamente familiar a los que habitan en las estrechas calles del corazón de la ciudad antigua, pero una idea nueva para una ciencia urbanística corrompida por el cartesianismo”.¹⁷

Índice de figuras.

1. Britannica Copperplate Engravings (1792-1796); www.greenfieldbooks.com/Britannica/Labyrinth.jpg
2. Theseus and the Centaur, escultura de Antonio Canovas, 1804-19; Kunsthistorisches Museum, Viena; www.wga.hu/art/c/canova/2/6theseu.jpg
3. Laberinto de la catedral de Chartres, siglo XII, diámetro de 12,87 metros y desarrollo de 250 metros. www.avs-philo-ethno.org/UserFiles/Image/a.jpg
4. Le Corbusier, Plan Voisin para París, 1925
5. Estructura urbana racionalista. Av. Karl Mark, Berlín. Foto R. Goycoolea P.
6. Estructura urbana laberíntica. La alfama, Lisboa. Foto R. Goycoolea P.
7. Anodino restaurante higiénico y funcional. Centro comercial, Santiago de Chile. Foto R. Goycoolea P.
8. Sorprendente y atractivo restaurante en el bazar de Estambul, Turquía. Foto R. Goycoolea P.

¹⁷ MOLES, Abraham & Elisabeth ROHMER; *Psicología del espacio* [1972]; ed. Ricardo Aguilera; Madrid; 1972; p. 187.